

Entrevista con Jürgen Habermas

«Las elecciones europeas han sido un ‘test’ de opinión nacional»

«Las elecciones al Parlamento Europeo no son tanto elecciones europeas cuanto un caleidoscopio de imágenes que reflejan la situación de cada nación. Si se hubiesen celebrado elecciones en cada uno de los países miembros, los resultados habrían sido casi los mismos aunque con menos abstención. Además, en la base de estos test de opinión nacionales no laten las mismas preguntas. Las elecciones europeas no son dignas de este nombre. La prueba es que muchos electores todavía piensan en situarse a favor o en contra de la Unión Europea».

[Jürgen Habermas](#) es el más importante filósofo alemán vivo. A sus 75 años encarna la segunda generación de la escuela de Francfort, que se distingue de los antiguos maestros por el rechazo del pesimismo y la voluntad de describir en la realidad la renovación de la democracia.

Pregunta.- La campaña europea se basó en temas nacionales. No hubo una auténtica discusión sobre Europa, su Constitución o su futuro. ¿Por qué Europa no consigue entusiasmar a la opinión pública?

Respuesta.- ¿Y cómo se van a entusiasmar los pueblos con un proyecto que, hasta hoy, han realizado las elites políticas a sus espaldas? La responsabilidad recae en primer lugar sobre los partidos políticos, que no tienen el coraje de afrontar un referéndum popular ni de luchar contra resentimientos persistentes. El sistema actual no ofrece recompensas y es muy difícil explicarle a la gente el poder opaco de Bruselas o movilizarla sobre abstractas cuestiones constitucionales. Y como las ambiciones políticas sólo pueden satisfacerse en ese ámbito, presentan sus éxitos en Estrasburgo o en Bruselas como victorias en la batalla redistributiva entre las naciones. Dicho de otra forma, siguen dedicados a sus juegos de poder a costa de Europa. Hasta ahora no ha habido un auténtico sistema europeo de partidos [con la excepción parcial de Los Verdes] que unifique fuerzas e intereses a favor o en contra de políticas transnacionales.

P.- ¿El escaso interés de los electores, confirmado por la baja participación, tiene que ver con la relativa impotencia del Parlamento?

R.- Es cierto en parte. En realidad, el Parlamento Europeo tiene muchos más poderes y competencias de lo que la gente cree. Y con la nueva Constitución todavía tendrá más. El desarrollo de la conciencia europea es más lento que el avance de la realidad concreta. Piense en los comisarios de Bruselas. A pesar de su poder, siguen siendo considerados marginales desde el punto de vista de las políticas nacionales. A lo máximo, se tiene en cuenta el papel del presidente de la Comisión. En definitiva, hay una grotesca desproporción entre la influencia profunda que la política europea tiene sobre nuestras vidas y la escasa atención que se le presta en cada país.

P.- ¿La ampliación al Este cambiará la naturaleza de la Unión?

R.- En el plano, histórico y normativo no hay alternativa. Es cierto que, con la entrada de nuevos países, no se facilita el proceso de profundización. Los nuevos miembros están orgullosos de su reconquistada soberanía y reforzarán el frente de los que, como Reino Unido, son escépticos de cara a una mayor integración.

P.- El ministro de Exteriores alemán sugiere que la «Europa de las vanguardias» es cosa del pasado y que sólo una gran Europa puede lograr la dimensión estratégica indispensable para hacer frente a la globalización y el terrorismo.

R.- Joschka Fischer ha preferido ignorar la incómoda realidad de una Europa pendenciera y se ha dejado llevar por un raptus de fantasía de omnipotencia. Si Europa no sólo quiere administrar un espacio económico común sino hacer valer sus ideas políticas en el plano internacional tiene que crear una política exterior y de seguridad comunes con los países que estén dispuestos. Esta exigencia es más acuciante a medida que la Administración Bush divide a Occidente sobre los derechos y el orden internacional.